

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*En un álbum*, poesia, por don Eusebio Blasco.—*¿Qué es la poesia?* conclusion, por D. Narciso Campillo.—*Margarita de Servan*, continuacion, por la condesa de Mirabeau.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Modas*, por Pamela.—*Explicacion del pliego de dibujos*, por Pamela.—LÁMINA.—Un pliego de dibujos.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.
PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XIV.

MME. HONORIA A CLARA.

Madrid, julio de 18...

He recibido, mi inolvidable y querida niña, la amable carta de V. y con ella una gran alegría al saber que no se olvida de mí.

Me dice que su suerte se va á fijar para siempre y de una manera que llena todos los deseos de V. y de su buena y tierna madre: ahora debo decirle yo que ese jóven, elegido por su familia y por la de V. para ser el compañero de su vida; ese jóven que V. me pinta con los bellos y radiantes colores del entusiasmo, hace mucho tiempo que me es conocido, y sé que puede llenar en cuanto á figura, nacimiento y educacion, el corazon mas exigente.

Pero, hija mia, ¿sucede lo mismo en cuanto á su carácter? ¿puede decirse otro tanto de sus sentimientos? No lo sé, ni me atreveria á afirmárselo.

Su madre ha sufrido bastante con su carácter descontentadizo, voluble, impresionable: hace largo tiempo que conozco y aprecio á la señora mariscala, por ser muy amiga de su madre de V.

Pero aun tengo otro motivo para desconfiar

del carácter de César: su ayo es antiguo amigo mio, y por mi recomendacion, se encargó de dirigir su educacion: mi querida Clara, yo sé que leerá V. con secreto enojo lo que voy á decirle porque, cuando el amor ciega nuestros ojos, no deja lugar alguno para la reflexion; pero créame V., porque es mi deber decirle la verdad: amo á todas las jóvenes que he educado, lo mismo que si fueran mis hijas, y á mi hija hablaria del mismo modo que voy á hacerlo á V.

Clara, ese jóven no le conviene: los caracteres de ambos difieren mucho, y los defectos son los mismos en los dos: él, es vano soberbio, y, como niño mimado, está lleno de caprichos; quiere ser el primero en todo y para todo: hará de su mujer la sacerdotisa de su belleza—que es, por cierto, muy notable—y todo su cariño quedará helado bajo el soplo de su egoismo.

Usted, hija mia, gusta tambien de ser alabada y lisongeada: conoce su valor, y quiere que todos lo conozcan igualmente: y como usted tiene mucho talento, altivez y exacto raciocinio, pronto hallará muy ridículo á un marido que, como el Narciso de la fábula, solo piensa en adorarse á sí mismo.

Para vivir feliz con César, se necesita ser una de esas mujeres sin corazon, que no tienen apego alguno á su hogar, y que se casan para alcanzar libertad completa, como si el matrimonio no fuese una cadena, por mas que esté tegida con flores algunas veces: pero V. no podria ser dichosa á su lado: si á V. le tocase en suerte un hombre bueno, fuerte, noble, digno y al mismo tiempo afable, un hombre superior, en fin, podria hacer de V. una de las criaturas mejores y mas dichosas: V. obedecerá al verdadero mérito y á la hermosa fuerza del convencimiento: jamás á la ridícula vanidad, ni á la fuerza brutal del derecho.

Clara mia, los que la han acusado tanto, no la conocen como yo: yo sé que hay en su alma

8 DE JULIO DE 1864.

un inmenso caudal de sentimiento y de ternura, pero yo sé también que esa alma hermosa solo se abrirá, como una magnífica y perfumada flor, á quien lo merezca, y al sol radiante del amor. Nunca se abrirá para César de Montemar: usted necesita un hombre que valga mucho, y Montemar vale muy poco, y, desde luego, inmensamente menos que usted.

A los diez y ocho años, es V. mas niña que otras á los quince por la especial educacion que ha recibido, y tambien por la vehemencia de sus impresiones: lo que mas temo para V., en esa union que se le prepara, es el horrible mal del hastío: ¡qué cosa tan triste debe ser el conocer, despues de unido á él con lazos indisolubles, la pequeñez del hombre á quien se amaba! ¡qué triste cosa será el tener que despreciarle!

Yo diré á V. algo de lo que, á mi parecer, constituye las penosas obligaciones de la esposa buena, y verá cuán preciso es el elegir con cordura para llenarlas, no solo sin esfuerzo, sino con placer.

Hay muchas mujeres que se dicen:—«Yo, con ser fiel á mi marido, hago bastante: á esto se halla reducido mi deber: siéndole fiel, ya puedo dejarme llevar de los escesos de mi carácter irascible: puedo dilapidar cuanto gana: puedo vestir á mi gusto, aunque sea con despilfarro: puedo descuidar del todo mi casa y mis hijos, ir á donde quiera, ser habladora, exigente, desaseada, iracunda, imprudente: ser, en fin, el eterno tormento de mi marido y de toda mi familia, porque para eso soy fiel á la fé conyugal.»

¡Desgraciadas! cuanto se engañan!

No hay duda que la honradez es el primer deber de la esposa: pero luego le quedan otros infinitos que cumplir.

Paréceme á mí que la mujer puede ser el demonio ó la alegría de su hogar, y veo muchas que eligen ser lo primero, porque no saben ser lo segundo.

Todo el poder de la mujer consiste en la gracia, en la mesura, en la benignidad: sus armas son el ruego y la sonrisa: su escudo, las lágrimas; sus auxiliares, la coquetería y las habilidades, y el talento, su constante protector.

Hay jóvenes, muy agradables antes de casarse, y que cautivan de veras el corazón de un hombre: pero así que se casan ¡qué cambio tan deplorable se advierte en sus costumbres y en su carácter! á la elegancia que ocultaba los leves defectos de su figura, sucede la incuria que los aumenta y los deja en toda su desnudez: á las habilidades, la vulgar soñolencia de la velada y el manifiesto hastío de la casa y de sus deberes: á la amabilidad, el constante mal humor; á la sonrisa, la espresion del fastidio y de la displicencia; y si el esposo las reconviene con moderacion, le

contestan con acritud, y achacan falta de cariño aquel grito del amor, que se escapa ahuyentado por la prosa de la vida y que aun contiene un esfuerzo generoso, y maldicen el dia que se unieron á aquel hombre *cruel y descontentadizo*.

De esos maridos salen los hombres extraviados que olvidan sus deberes: hallando su hogar sin calor y sin luz, van á llamar á los hogares agenos, y si encuentran en algun otro lo que les falta en el suyo, esa cosa irremplazable que se llama *felicidad*, á la puerta de aquel otro hogar se dejan caer estenuados de fatiga, y allí encuentran casi siempre la copa del mal que apuran para olvidar la pérdida de una dicha, tanto mas bella cuanto era mas legitima, y el desencanto de toda su vida.

Conozco á un hombre de gran mérito, que me dice muchas veces:

—Ya hace veinte años que estoy casado, y me parece que fué ayer: tan dichoso soy en mi casa.

Clara, la mujer del hombre que esto dice debe estar llena de un santo y legitimo orgullo: ¡ojála su esposo de V. diga esto mismo, cuando yo, pasado el triste estío de mi vida, amargado con penas que V. nunca ha podido sospechar, haya llegado al invierno de la vejez, y espere tranquila la hora de comparecer ante el Ser supremo!

Ha dicho un gran escritor francés,—perdon por esta alabanza á un hijo de mi patria,—que el gran talento de la mujer consiste en ser ella la esclava; pero en hacer de modo que su marido lleve las cadenas: yo añadiré que es forzoso conseguir tambien que las lleve contento, y sin sentir su peso: por que el dia que lleguen á fatigarle, no debe ya esperar su familia felicidad ninguna.

Hija mia, la esposa necesita un poco de engaño y de artificio: pero de ese engaño generoso, que cubre los defectos de su carácter y de su persona, y presenta siempre el lado mejor, á la manera que buscamos la luz mas á propósito para hacer resaltar las bellezas de un cuadro, que tiene tambien algunos defectos: de ese artificio encantador que todo lo hermosea, lo anima, y por decirlo así, lo reviste de la luz plácida y serena de la dicha.

Necesita ante todo hacerse y hacer agradable la casa á su marido: necesita ser al mismo tiempo amorosa y digna, comedida y franca, respetuosa y respetable, coqueta y sencilla, laboriosa, sin pecar en prosaica, económica sin ruindad, persuasiva sin bajeza, indulgente sin debilidad, graciosa sin amaneramiento, elegante sin dispendio, piadosa sin supersticion, generosa sin despilfarro, prudente sin dureza, severa sin acritud, modesta sin hipocresia, y alegre con moderacion.

Y todo esto ha de serlo sin ostentacion, por que es su deber, y ha de serlo, no solo para su esposo, sino tambien para su familia y sus amigos.

Es preciso decirlo de una vez, mi querida niña: hemos nacido para el sacrificio y la abnegacion: nuestro deber es sufrir siempre y en todos los estados: pero en cambio, Dios, padre generoso y compensador de todos los sacrificios y de todas las lágrimas, Dios, eterno protector de los débiles, da á la mujer honrada y buena los goces inefables del corazon, la pura satisfaccion de la conciencia, y la estimacion de la sociedad.

Este convencimiento me ha sostenido á mí en las duras pruebas que he sufrido, y que le referiré cuando ciña á su hermosa frente el velo de las esposas: ahora ya llegué al puerto de paz, y si lloro, es por el pasado y sus tristes consecuencias, que aun reflejan su sombra sobre mi presente.

Clara, ninguna de las condiciones que he enumerado creo que será bastante á que usted sea dichosa con el hombre á quien cree amar, porque muchas veces hay tambien que creemos lo que no és: su carácter de V., hoy helado y duro, es un rico diamante que labrará sin duda un diestro lapidario, si se vale para ello de la magia de su amor... ¿quién será este hábil artífice? seguramente no es César de Montemar, niño débil, soñador y caprichoso: uno solo conozco... uno solo... que haria de V. una mujer modelo, y con quien seria V. del todo dichosa, pues la educacion de un esposo digno y noble, como él lo sería, se recibe con la risa en los labios y la felicidad en el corazon! HONORIA.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EN UN ALBUM.

Hánme dicho, Elisa bella,
Que huyes el pecho al amor,
Y que de fiel amador
Repugnas tierna querella.
Error grave, Elisa mía,
Cometes obrando así;
Probártelo quiero aquí
Con una genealogía.
Hija del cielo y la tierra,
Fué Venus, madre de Amor,
Y este rapaz seductor
Que tanto á tu pecho aterra,
Dará á tu pecho consuelo
Si obedeces á su ley;
Que él es de la tierra rey
Y descendiente del cielo.

Si tierra y cielo, en rigor,
No engendraran á Cupido,
Dime tú, ¿qué hubiera sido
Del mundo sin el amor?
Yo, al acatarle, me fundo,
Que estoy convencido asaz
De que si en el orbe hay paz
Es porque Amor vino al mundo.
Si muere el dios ceguezuelo,
Sus abuelos, apenados,
Morirán desesperados;
Ni habrá tierra, ni habrá cielo.

EUSEBIO BLASCO.

¿QUÉ ES LA POESÍA?

(Conclusion.)

Viéronla tambien los griegos: no vestida de esa pompa colosal, ni ornada con el ostentoso manto de los reyes orientales, sino desnuda y mostrando su belleza, émula de la aurora: pintáronla descuidando la parte espiritual y elevando las formas á una perfeccion desconocida: describen las cosas mil veces mejor que las pasiones de los hombres: vénse los carros, óyense los ejes cuál rechinan, silban las saetas, los ayes de los moribundos hieren los oidos y aterran los ánimos: todo, todo se vé como de presente: derrúmbanse los muros y los templos de Troya, y la vista se ciega con el polvo y los fulgores de las armas; pero en cambio de tanta maestría y tan prodigiosa representacion de los objetos materiales, vemos á los dioses lidiando con los hombres y á veces abatidos por estos, y ya no son dioses: vemos cuál se lamenta y grita el guerrero Marte, herido por la lanza de Diomedes, y ya no es la divinidad de las batallas, sino un cobarde soldado, mas débil que su dolor, exhalando inútiles ayes. El cielo puro de Grecia, los jardines que como un manto de verdura cubrian aquel dichoso suelo, las costumbres y la religion, mas inclinada á las prácticas que al dogma, produjeron los poemas de Homero, Píndaro, Safo, Anacreonte, Sófocles y Eurípides. Y no hablo de los romanos, porque siguieron servilmente el mismo rumbo, aunque modificado algun tanto por el carácter mas severo que distingue á este pueblo.

¿En qué fuentes bebieron la inspiracion los bardos y trovadores de la edad media?...

El gigante del politeísmo habia espirado trastornando el orbe con las últimas convulsiones de su agonía; la tierra, degradada con los vicios de una civilizacion bárbara, se encontra-

ba sin vigor para que en ella se alzara el árbol de la fé, único manantial de la poesía y la inspiración; disolutas las costumbres, enervados los ánimos como los cuerpos, hechas un caos impenetrable y oscuro las ideas, devorándose mutuamente los hombres; con sangre, miseria y esclavitud cual recuerdos de lo pasado, sin dicha en lo presente ni esperanza para lo venidero, ya podía divisarse, y no muy lejos, la mano de la muerte que señalaba la humanidad para su víctima y el mundo como asiento de su trono. ¿Qué aurora bastante clara podría disipar tantas tinieblas? ¿Qué venero de aguas cristalinas purificar las sociedades? ¿Y qué brazo detenerlas en los bordes temibles de un precipicio, cuyo fondo es el polvo de la nada? Solo el cristianismo. Él produce una poesía virgen y llena de vida, inspirada, original, retrato de una época de creencias y entusiasmos: esta época es la edad media, caracterizada por el valor y las gigantescas empresas, por la fé religiosa y por todas las pasiones llevadas al extremo. En ella, al lado de virtudes singulares, vemos con dolor grandes crímenes: el fanatismo y el ateísmo juntos, la cruz en lid abierta con la media-luna, la ciencia con la ignorancia, y el mundo antiguo con el mundo que nacia. Esta edad brota de su seno trovadores y bardos, porque necesariamente las magnánimas empresas han de hallar quien las trasmite á los venideros siglos para ejemplo de las generaciones; pero estos trovadores y bardos, representación de la poesía popular, única poesía, pues la erudita era solo un pálido reflejo de la griega y la romana, luchaban por sacar tonos vibrantes de una lira de hierro, y sus cantos rudos y toscos, no sujetos á meditación ni reglas, bastaban para escitar el entusiasmo y recordar acciones heroicas, que era su fin. En ellos se nos presenta la poesía vaga y fantástica, ya guerrera, ya melancólica y agreste: lanza los sonos de la trompa de batalla, los de la campana de la ermita y las misteriosas brisas de la tarde. Pinta el templo gótico, el rastrillo del torreón, las elevadas almenas, la naturaleza severa y fuerte: todo es varonil y conduce el espíritu á profundas meditaciones y aparta de él todo cuanto es mezquino y no tiene alas de fuego para llevarle á las regiones de lo sublime. Creo muy bien que los trovadores de esta edad no fatigarían su imaginación buscando adornos y colores con que engalanar y revestir los hechos que ensalzaban; ¿qué mas adornos, qué mas colores, galas ni riqueza, que los que estos mismos hechos arrojan de sí, cuando se juntan para realzarlos y darles mas valor la religion y las costumbres?

En nuestro siglo, extraño á todo entusiasmo generoso, los corazones, que huyendo del materialismo, cuya creciente marea todo lo invade,

buscan el bálsamo de sus heridas, y sus sueños de virtud y grandeza en la poesía, álzanse á encontrarla en la religion ó en las tradiciones, que son su refugio. Ignoro qué sociedades necesitan mas á esta hija del cielo; si las primitivas é incultas, ó las muy civilizadas y corrompidas. Paréceme que ambas igualmente. Las unas porque en ella está toda su ciencia; las otras porque recuerdan lo que fueron y encuentran un lenitivo para sus males.

Me preguntareis ahora; ¿qué es la poesía? Interrogad á la historia, esa antorcha de los tiempos, y os mostrará claramente que la poesía es todo lo sublime, virtuoso y bello, que se eleva del polvo y vuela al seno de su Creador.

NARCISO CAMPILLO.

MARGARITA DE SERVÁN,

POR

la condesa de Mirabeau.

(Continuación).

El jóven marqués siguió con una mirada llena de ternura aquel hermoso grupo formado por la religion y la inocencia.

Cuando hubieron desaparecido, dijo Lucia desdenosamente y mirando á su futuro esposo:

—Es una criatura que tiene un talento muy limitado.

—En efecto, apoyó Mme. D' Eric: yo la habia juzgado de un modo muy diverso.

—Esa jóven es de lo mas negado que yo conozco, dijo á su vez y con su cómica gravedad Mme. de Courtavel: como que se ha criado entre sus padres, que no salieron jamás de Serván; estos se ocupaban solo el uno del otro, y se amaban, despues de veinte años de matrimonio, como el primer dia: eran absolutamente como *Filís y Beaumont* (1).

—Cuando el amor dura veinte años, señora, es prueba de que es merecido, repuso friamente el marqués: la afición consagrada al pié del altar, si es imperecedera, es porque la sustentan las virtudes de la vida doméstica.

Despues de esta breve respuesta, el marqués saludó con la cabeza y se retiró á su habitación para no estar sujeto á oír las sandeces de madame de Courtavel, ni á ver las furiosas miradas que le dirigia su prometida esposa.

X.

Mr. de Saint-Servè, solo en su cuarto, acabó de afirmarse en la resolución, que ya habia tomado, de huir la alianza de las señoras de Courtavel.

(1) Filemon y Baucis: dos buenos ancianos, modelos de amor conyugal, y de los que cuenta la fábula que fueron convertidos los dos á un tiempo en dos hermosos árboles.

—¿Qué haré de una suegra que coloca á Neptuneo en el calendario? se preguntaba él: ¿y qué haré, sobre todo, de una mujer que solo se ama á sí misma?

El resultado de estas reflexiones fué la decision de romper aquel lazo que él juzgaba, y con razon, que deberia ahogarle, y al dia siguiente por la mañana fué al cuarto de la condesa D'Ericy, decidido á participarle su propósito de retirada.

—Señora, le dijo, es preciso que yo me marche de aquí: no puedo amar á Mlle. de Courtavel, aunque admiro su hermosura: hay en ella alguna cosa que me hiela, y no puedo consentir en un enlace que á los dos nos haria desgraciados.

—¿Luego pensais romperle como todos los demás? preguntó la condesa vivamente contrariada.

—Sí, señora, respondió el marqués.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué excusa dareis á Lucía?

—La verdad: que no la amo.

—Pero ¡si es tan bella!

—No lo niego: lo que sí os aseguro es que, á mi parecer, la mujer necesita otros dones que la belleza para hacer dichoso á su marido.

—¡Y bien! ¿vos podeis salir de aquí, pero yo!...

—Señora, repuso el marqués: el camino derecho es siempre el mas corto. Decid á Mme. de Courtavel que yo encuentro á su hija encantadora, pero que conoce demasiado el mundo para ser dichosa á mi lado; que, casada conmigo, no tendria el género de vida que le agrada, y que merece ser mas feliz de lo que yo la haria.

—Vos dorais admirablemente la píldora, observó la condesa: pero, querido marqués, todo vuestro talento no evitará que sea dura de tragar: ¿y para acabar así me habeis hecho gastar en un bello y variado equipaje?

—A la verdad, señora, no sé cuál de los dos ha engañado al otro, dijo el marqués. Vos me habiais prometido un ángel de belleza: yo encontré la belleza: mas el ángel, querida condesa, no ha existido nunca mas que en vuestra poética imaginacion.

La condesa quedó durante algunos instantes pensativa y silenciosa: luego dijo;

—Sois severo, pero quizá tengais razon: se juzga mejor á una jóven en los bosques de la Bretaña y cerca de ella, como ahora estais vos, que como yo la ví, á larga distancia y entre el ruido del mundo y el bullicio de Paris: aquí se desea mas franqueza y mas naturalidad: aquí no hay escenario para la actriz, sino para los tiernos sentimientos del corazon.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés.)

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—Diego, murmuró con prontitud el señor de Padilla, disponga V. que custodien ese cadáver.

—Bien, señor.

—Mientras yo con mi hijo y algunas otras personas, recorreré estos alrededores para ver si descubro algun indicio que me haga comprender la verdad, entre tanto que llega el doctor Tristan y el notario, para empezar las informaciones.

D. Alonso, pues, seguido de algunas gentes que allí habia, se separó del grupo que formaba la multitud y empezó á recorrer las orillas de la acequia donde se habia encontrado la víctima.

—Julio, signeme, dijo D. Alonso, viendo la vacilacion de su hijo.

—Padre mio, permitid que me retire, contestó el jóven enteramente trastornado.

—No, no; ven á mi lado: comprendo tu dolor, pues tu pena se refleja en tu semblante; pero cálmate, yo amaba mucho tambien á ese desgraciado, y sin embargo, tendré fuerza para penetrar este arcano y castigar á su asesino.

Julio inclinó la frente y obedeció á su padre; ¿cómo si nó, ocultar la verdadera causa de su turbacion?

Todos caminaron en silencio, observando con la mayor escrupulosidad la mas pequeña circunstancia que pudiera darles luz en aquel funesto suceso.

Poco habian andado aun, cuando llamaron su atencion algunas pisadas impresas sobre la arena, que empezaban á la orilla misma del agua.

—Desde aqui han debido arrojarle, exclamó el señor de Padilla: sigamos la huella, y tal vez logremos saber...

Asi lo hicieron, logrando hallar tambien algunas manchas de sangre.

—Adelante, repitió Padilla; esto es una prueba evidente de que en este sitio se ha cometido el crimen.

—Sí; es cierto, respondieron algunos siguiendo la opinion de D. Alonso.

—¡Oh! murmuró este al fin, señalando algunos papeles esparcidos en la yerba, á pocos pasos del sitio en que se hallaban. Quizá ya no tengamos que averiguar mas: estos papeles...

Y los cogió inmediatamente, poniéndose á examinarlos en presencia de cuantos se hallaban en aquel sitio.

Todos se agruparon á su alrededor, y esperaron con ansiedad las palabras que iban á salir de sus lábios.

Solo Julio permaneció inmóvil y silencioso.

—Algunas cartas, dijo el señor de Padilla repasando minuciosamente los papeles que tenia en su mano; billetes de banco y un pasaporte expedido á favor de...

—¿De quién? ¿de quién? preguntaron algunas voces con curiosidad.

—De D. Pablo de Cisneros.

—¿Cisneros? repitieron algunos.

—Sí, respondió D. Alonso, que siempre habia ignorado el apellido del amante de su hija. Este nombre me es enteramente desconocido. ¿Hay alguno entre los presentes que le recuerde?

Muchos guardaron silencio algunos momentos; despues, un hombre se adelantó y dijo muy pausadamente y como reuniendo sus ideas:

—Yo sé que un jóven llamado Pablo Cisneros, vivia en Estella hace algun tiempo... cosa de dos años; pero luego desapareció sin que le hayamos vuelto á ver.

—¡Ah! sí, añadió un segundo personaje de los que se hallaban presentes.

—Pablo, Pablo... creo que yo tambien... era un muchacho huérfano...

—Sí, añadió el primero que habia hablado; huérfano y pobre.

—Pero muy honrado, dijo el último que habia tomado parte en la conversacion: muy honrado, y es imposible que tenga relacion alguna con el hecho que aqui lamentamos. Ademas, es una verdad que hace mucho tiempo falta de la poblacion, y nada puede sospecharse de él.

—Sin embargo, exclamó el señor de Padilla, que habia estado examinando algunos de los papeles hallados: á él vienen dirigidas estas cartas; aqui se hace referencia á su vuelta.

Ya recordarán nuestros lectores que aquellos documentos, que asi empezaban á influir en contra de Cisneros, eran los que la inocente Clara habia dejado olvidados cuando tomó la cartera de su padre.

Afortunadamente entre ellos no habia ningun escrito de Luisa y la niña se habia llevado su retrato: de lo contrario, todo se hubiera descubierto en aquel instante.

Un muchacho, pastor de la mas próxima casa de campo, llegó entonces á decir que la tarde precedente habia visto á un caballero que seguia la alameda á caballo, y que aunque estaba lejos, distinguió echar pié á tierra, atar la cabalgadura á una encina, é internarse en la arboleda, donde permaneció largo rato.

Todas estas declaraciones fueron hechas en alta voz, y despues de tomarlas en cuenta y de guardar los objetos hallados, volvieron todos al molino, con la esperanza de aclarar al cabo el misterio de tan sangriento drama.

El doctor Tristan y el notario habian llegado ya, y empezaban á cumplir sus tristes de-

beres, reconociendo el uno á la victima, buscando el otro los medios de encontrar al asesino.

El primero manifestó solemnemente que aquel hombre habia dejado de existir, herido por una bala en el corazon, que la muerte debió ser rápida é instantánea, y que cayó en las aguas sin vida ya.

El segundo anotó todo esto y tomó acta de cuanto antes habian dicho relativamente á Pablo, y de los papeles hallados en aquel sitio pertenecientes á este.

El sumario empezó, pues, con una actividad sin igual, pues D. Alonso, como amigo del señor de Herrera, queria castigar á los criminales y averiguar la verdad.

A todas estas circunstancias que se reunian para señalar á Pablo como autor de aquel atentado, vino por desgracia á unirse la llegada de uno de los monjes del convento de Irache, que manifestó que D. Leopoldo, propietario de una hermosa posesion contigua al monasterio, habia firmado la tarde antes una escritura en que constaba su venta, recibiendo el valor de ella en billetes de banco. Los encontrados con el pasaporte y las cartas de Cisneros, eran una prueba mas en contra de él, principalmente si se recuerda que todos los que decian conocerle, habian asegurado que era pobre.

D. Alonso, como juez que debía intervenir en aquella causa, ordenó ante todo indagar el paradero de Pablo y reducirle á prision, continuando despues las demas averiguaciones.

CAPÍTULO XIX.

Era ya mas de medio dia, y Luisa habia esperado en vano á su padre y á Julio durante toda la mañana.

Tampoco habia vuelto á ver á Cisneros, y empezaba á estar inquieta con estas ausencias cuyo origen ignoraba.

Mendoza por su parte habia salido repetidas veces de casa, pero á pesar de su anhelo, nada habia podido saber de cuanto ocurriera en el molino de las Cruces.

El poco valor de Julio le inspiraba serios temores, pues comprendia que un momento de turbacion, un movimiento ó una indiscrecion cualquiera, podia perderlos á los dos.

La duda de si Luisa se habria apercibido ó no de su presencia en aquel puesto la tarde anterior, tambien le hacia temer, y solo deseaba saber á qué atenerse, para preparar los medios de defenderse de cualquier manera posible.

Asi pasó el tiempo lento y cruel para todos.

Al cabo de algunas horas, el señor de Padilla estuvo de vuelta, respondiendo solo con palabras vagas á las repetidas preguntas de su hija.

Luisa se admiró del profundo abatimiento retratado en el semblante de su hermano, pero

preocupada con otras ideas, nada le habló de él.

Tampoco D. Alonso habia procurado adivinar la causa del estado de Julio: veiale sombrío y alterado, pero achacaba este incidente al horror que debió inspirarle la escena que habia presenciado.

Todos permanecian contrariados en aquella casa, y bajo el influjo de un oculto é invencible temor.

Uno de los hombres enviados por el señor de Padilla para saber si Pablo se hallaba en la ciudad, entró en aquel instante.

—Señor, dijo con precipitacion y sin reparar en la presencia de Luisa; señor, es cierto que D. Pablo Cisneros llegó anoche á Estella.

—¿Y qué?

—Ya están cumplidas las órdenes que recibí acerca de él.

—¿Se hallará segun eso preso é incomunicado?

—Sí, respondió aquel hombre sin vacilar.

Luisa, cuyas mejillas se habian quedado como el nácar al escuchar el nombre de su esposo, no pudo contener un grito terrible al oír que se encontraba reducido á prision. Un temblor convulsivo agitó sus blancos lábios y exclamó sin ser dueña de ocultar su dolor:

—Preso, preso Pablo!

—¿Le conoces tú acaso? dijo D. Alonso fijando en su hija una mirada indagadora.

—¡Oh! sí, padre mio. Pero en nombre del cielo, dígame V. de qué se le acusa.

—Hija mia, ¿por qué esa turbacion? ¿por qué ese anhelo?

—Yo diré... ya sabrá V... pero ahora necesito comprender qué peligro le amenaza.

Luisa estaba en el mayor desórden, y su padre quiso alejar á un extraño de su presencia, pues por su mente pasó la idea de que su hija podia amar á aquel hombre, y no queria arrancarle su secreto delante de un indiferente.

—Bajemos á mi despacho, exclamó dirijiéndose al recien venido; allí me informará V. de todo. Entre tanto, Luisa, quédate aquí y procura serenarte. Comprendo que solo una niñería, un hecho, sin ningun valor real, motiva tu alarma. De lo contrario.... ¡Oh! seria para mí el mayor pesar llegar á saber que el corazon de mi hija guardaba secretos para su tierno padre.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MODAS.

Nuestras elegantes huyen como hadas que vuelan por la region del aire: pero, por lejos

que se vayan, nosotros tenemos demasiado placer en ocuparnos de ellas, para olvidarlas.

Casi todas las aristocráticas bellezas van á tomar las aguas: esto es del mejor tono: ¿será esta causa la única que arrastra á tantas encantadoras damas á un mismo objeto?

Mas de un malicioso ha hecho esta misma pregunta á algunas lindas viajeras; pero ninguna ha respondido afirmativamente á ella: á la verdad, esos maliciosos son demasiado presumidos al creer que los pensamientos mas secretos les serán revelados.

Se viaja para tener el pretesto de estrenar frescos y lindos equipos, sobre los que han de fijarse muchas miradas... pero ¿voy á ser indiscreta yo cuando estoy condenando la indiscrecion? Mis amadas lectoras, no temais: no trato de satisfacer á ningun curioso, y creo que vais al borde de los lagos ó de la mar solo para mirar en el agua vuestros rostros peregrinos.

En el salon, en el gabinete, ¿no es agradable para una linda jóven el poderse mirar? pues, al fin del viaje, encuentran las aguas, espejos de Dios, en las cuales habitan caprichosas ondinas encargadas de describirme todos los primores que lucen las viajeras.

Hablemos, ya que se trata de viajes, de los preciosos sombreros para este objeto, que de continuo se elaboran en los talleres de madame Elisa Grenet, Puerta del Sol, núm. 14, que se apresuran á llevarse nuestras elegantes, y que ya han visto las aguas del mar reflejarse en ellas.

Los sombreros de esta casa tienen un sello especial, hasta los de formas mas conocidas. El aire distinguido, que adquieren entre las diestras manos de Mme. Grenet, justifica la preferencia que les dispensan las señoras.

Hablaremos, en primer lugar, del sombrero jokey de paja blanca y oscura, con plumas de fantasia y esprit: esta forma es de gran novedad y tan elegante como cómoda: hemos visto uno con draperie de gros de Paris, negro, con una gran banda que cae al lado izquierdo, como de doce centímetros de ancha, guarnecida de agreman de paja: por delante está adornado con un plumero color de fuego, negro y azul, y con un esprit blanco, que hace un efecto admirable: este gracioso sombrero está guarnecido por detrás con un fleco de madroños de paja.

No es menos lindo el sombrero *archiducesa*, que está guarnecido por una gran pluma encima de la copa: debajo del ala lleva un rizado, que favorece mucho, y por encima rulós.

Sigue el sombrero *Eugenia*, de paja blanca, adornado con tres rulós café y azul: las plumas son dos de avestruz, con una escarapela azul y café: debajo del ala, hay otros dos rulós.

Despues, se ostenta el *Victoria*, para señora

mayor, de paja oscura con ala caída y plumas correspondientes.

Entre los llamados *Eugenia*, puede citarse un modelo enteramente nuevo: lleva draperie alrededor de la copa, de terciopelo color habana: un gran lazo de lo mismo sujeta una pluma muy larga, que atraviesa la copa y cae hacia atrás: esta pluma es blanca y gris y forma armonía con el terciopelo.

Los llamados *á la boba* son también de muy buen efecto, y hemos visto uno guarnecido de terciopelo marron y plumas del mismo color, con un fleco de bellotas de paja, que rodea toda el ala.

En sombreros de vestir, el crespon y el tul obtienen la preferencia, y en esta clase los hay tan ligeros y fantásticos, que renunciamos á una descripción incompleta, y rogamos á nuestras suscriptoras que vayan á verlos, seguras de que nos han de dar las gracias.

Las camisetas de telas ligeras y las cinturas forman uno de los artículos preferentes de esta casa: hemos visto una negra, de tul granadina, toda rizada á tablas pequeñas y adornada de canutillos y trencilla granadina: esta camiseta es alta, con el forro descotado: también las hemos visto de guipure, de un efecto tan magnífico como distinguido.

En vestidos de niños, los hemos visto preciosos: nada más lindo que uno de piqué de fondo blanco, con cuadritos sueltos, negros: otro de lanilla fina, color de madera, adornado por un volantito azul de cinta cogida á tablas, y sobre éste, tres trencillas azules: un tercero, de la misma tela, con todo el adorno grana: otro color café, con encañonados de cinta, y otra multitud de hermosas confecciones infantiles.

Os aviso que van á llegar á casa de Margarit, calle del Cármen, los celebrados encajes de Lama, blancos y negros, en forma de gabanes, echarpes y grandes toquillas: así, al menos, me lo ha avisado la misma casa.

Si os haceis un traje blanco, mis jóvenes lectoras, haceldle con echarpe de la misma tela, y guarnecedle con mucha sencillez: cuesta muy poco dinero y os hará parecer encantadoras, estando hecho con el cuerpo alto y liso y de talle redondo.

Es un consejo de amiga que os dá vuestra consecuente

PAMELA.

ESPLICACION DE LA HOJA DE BORDADOS.

Número 1. Cuello de señora para bordar sobre batista á plumetis y punto de armas con calados de Alenzon en el borde.

Núm. 2. Puño correspondiente á dicho cuello. (Algodon núm. 120.)

Núm. 3. Punta de pañuelo para bordar en aplicacion sobre tul. (Algodon núm. 70.) Calados de Alenzon por todo lo marcado con crucetas. (Hilo de calados núm. 500.)

Núm. 4. Punta de pañuelo para bordar á feston y ojetes. (Algodon núm. 40.)

Núm. 5. Delantero de un cuerpo bordado con soutache, para niña de tres años.

Núm. 6. Cintura correspondiente á dicho cuerpo.

Núm. 7. Guirnalda bordada con soutache para la falda, que se coloca encima de un pequeño jareton.

Núm. 8. Delantero de una vesta, bordada con soutache sobre piqué, para niño de cinco años.

Núm. 9. Mitad de la espalda de la vesta.

Núm. 10. Manga de codo para la vesta.

Núm. 11. Pantalón correspondiente, con soutache por el costado.

Núm. 12. Entredos para bajo de enagua de señorita, bordado con soutache y al pasado. (Algodon núm. 40.)

Núm. 13. Entredos para pantalón á feston y bodoquitos.

Núm. 14. Entredos para camisas, camisolas, y canesús, á plumetis. (Algodon núm. 50.)

Núm. 15. Tira formando ángulo para fundas de almohada, al pasado y feston.

Núm. 16. Cubierta de un acerico, á plumetis, punto de armas y punto de escala. (Algodon núm. 90.)

Núm. 17. O. B. Cifra superada de una corona de conde en letras del estilo llamado *Francisco I*, para pañuelos de batista. (Algodon número 90.)

Núm. 18. H. V. para pañuelos; á plumetis y punto de armas.

Núm. 19. N. R. enlazadas, para pañuelos de uso diario.

Núm. 20. E. K.: letras góticas para pañuelo, superadas de una corona de conde.

Núm. 21. H. V. para pañuelos; á plumetis.

Núm. 22. G. M. para marcar camisas.

Núm. 23. A. H. letras *Francisco I* para pañuelos.

Núm. 24. *Marie* para pañuelos de primera comunión.

Núms. 25 y 26. *Caroline* para el mismo uso; á plumetis. (Algodon núm. 60.)

Núm. 27. Escudo con la cifra L. D. para pañuelos; á plumetis.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.